

estaba allí, de pie, con los brazos extendidos hacia mí, y repitiendo en voz baja:

—¡Ingrata!

Oyendo su voz, el vértigo me ofuscó; una nube de fuego cruzó por mis ojos, y caí en los brazos que me tendía abiertos.

Te doy gracias, Dios mío, por haber permitido que mi primera caída fuese debida a un impulso generoso, a un propósito abnegado, y no provocada por sórdidos cálculos o inverecunda lascivia.

XIV

Era yo la amante de sir Juan Payne.

Aquí comienza la serie de los más tristes, pero tal vez no los más culpables actos de mi vida. He prometido confesarlos a Dios y a los hombres, y lo haré con sinceridad, para demostrar que lo hago arrepentida.

Si el sentimiento de una falta no se manifestase en el corazón nada más que a consecuencia de los sinsabores y perjuicios materiales que la misma trae consigo aparejados, no me causaría el menor pesar aquel que no llamaré primer amor mío (yo no he sentido en mi vida sino un solo amor verdadero), pero sí mi primera ofuscación. Sir Juan era un cumplido caballero, noble, generoso, cortés, y, en los cinco o seis meses que duró nuestro concubinato, no tuve más que motivos de loa para él.

La casita de Picadilly fué la mía, y cuando sir Juan venía, que era cuantas veces se lo permitían los deberes de su servicio, parecía que entraba en mi casa, y no en la suya. Los criados y el coche fueron puestos a mis órdenes, y, por el respeto que me tenían los sirvientes, colegía el que debía de merecer al amo.

Practicando en los muebles de mi cuarto la revisión que, en su curiosidad, suelen practicar las mujeres en

las habitaciones que ocupan, había encontrado, dentro de una bolsa con mis iniciales, quinientas o seiscientas libras esterlinas, y en un cofrecito un aderezo de turquesas rodeadas de diamantes.

Apenas comprendí que podía disponer de aquel dinero como mío, lo separé en dos partes iguales: una para mi madre, otra para mí. Sin enterarla del punto de mi residencia, como tampoco de su procedencia, envié a mi madre la parte que le había reservado.

Hoy, que se cierne sobre mí la amenaza de una vejez triste y desgraciada, constituye uno de mis consuelos el pensar que, a lo menos, nunca me olvidé del bienestar material de la humilde mujer a quien debo esta vida que para mí fué tan brillante y a la par tan amarga.

Por lo demás, yo habría sido completamente feliz, a no haberme perseguido dos preocupaciones: una de ellas era lo que hubo de pensar mi desconocido Romeo, esperándome inútilmente al pie del balcón; la otra, lo que miss Arabela habría dicho, a su regreso, al encontrarse con que había desaparecido de su casa.

Tenía, en efecto, un singular modo de apartarme de los que me habían querido o dispensado algún bien, lo cual debía producirles muy mal efecto.

Durante algunos días, cierto sentimiento de rubor me tuvo encerrada en Picadilly. A los dos días de aquella fatal noche, recibí la visita de Amanda y de Ricardo. La indumentaria de una y otro me dió a entender que también ellos habían participado de la liberalidad del comodoro.

Por fin, sir Juan Payne consiguió decidirme a salir. El teatro continuaba siendo mi pasión dominante. Alquilé un palco en Drury-Lane.

Escogió un día que se daba Hamlet. Escuché con alguna emoción los versos que el almirante me había recitado a bordo del *Théseus*, y, enlazando mi destino con el de Ofelia, puse toda mi alma en los infortunios de la hija de Polonio.

Las dos escenas de locura fueron para mí lo que habían sido las dos es-

cenas del jardín y del balcón de *Romeo y Julieta*. Volví a casa sin cesar de hablar de Julieta, y pasé la noche soñando con Ofelia y repitiendo los fragmentos de versos que había retenido en la memoria.

En la reducida biblioteca de Picadilly no había ninguna obra de Shakespeare; pero sir Juan tenía uno en el camarote del *Théseus*, y, toda vez que debía ir a bordo, prometió que se llevaría consigo a uno de mis sirvientes y que me enviaría por su conducto el tomo deseado.

Esperé el libro con la misma impaciencia que otra mujer habría esperado un estuche de joyas. Cuando el criado me lo trajo, se lo arranqué de la mano, y corrí a encerrarme en mi gabinete para engolfarme en el piélago de la poesía contenida en aquellas admirables páginas.

A la noche, sabía las dos escenas de locura, y como había observado los ademanes, ora tristes, ora alegres de Ofelia cuando visita a su amante el día de San Valentín, o cuando esparce flores sobre la tumba de su padre, me fué posible reproducir, con esa intuición mímica que siempre he poseído, los gestos y aun las inflexiones de voz de la actriz.

Todo eso se desarrollaba a solas conmigo misma y delante del grande espejo que Ricardo me había profetizado.

Carecía únicamente de una cosa: un vestido de carácter. Por otra parte, el de Ofelia, muy sencillo, era fácil de confeccionar, pues se reducía a un largo lienzo blanco ajustado al cuerpo.

Resolví dar visos de realidad a la ficción.

Sentados a la mesa, a la hora de cenar, pedí permiso a sir Juan para salir al día siguiente.

Me miró con asombro.

—¿Mi permiso?—me dijo.—¿Crees, que lo necesitas?

—No—repuse,—pero, con todo, no habría salido de casa sin decírtelo.

—Puesto que tienes esa delicadeza, ¿quieres decirme el objeto de tu salida?

—La compra de algunas telas—respondí.

—¿Por qué no llamas a tu costurera? Me eché a reír.

—Porque pienso hacerme el vestido yo misma.

—A lo menos, provéete en las mejores tiendas.

—Es indiferente; lo que quiero, he de encontrarlo en cualquier comercio de ropas, y hasta es posible que en vez de ir yo personalmente, mande a la camarera, siempre y cuando tú accedas a venir conmigo.

—Fuera insensatez en mí no aceptar tu proposición; adondequiera que me lleves, allí será mi paraíso.

—Pues, convenido; después del almuerzo, enviaré a mi camarera a comprar lo que deseo.

—¿Y nosotros?

—Nosotros iremos al campo, si así lo quieres; mañana me sentiré con aficiones campestres.

—¿A qué hora será la excursión?

—Salvo tu parecer, después de almorzar.

Todo se hizo con arreglo a los cálculos trazados. El día siguiente, al levantarme, mandé a mi camarera a buscar una pieza de tela blanca, y además un gran velo negro.

Sir Juan escuchaba mis órdenes a la camarera, sin comprender nada de mis intenciones y parecía muy intrigado por conocerlas. Pero yo me mantuve firme, y no le enteré de lo más mínimo.

Después de almorzar, subimos al carruaje y di orden al cochero de conducirnos a las afueras de la ciudad. Al cabo de una hora de marcha, llegamos al paraje que yo deseaba.

Hice parar el coche y eché pie a tierra.

—¿Debo seguirte?—preguntó sir Juan.

—Desde luego, y aun prestarme tu concurso.

—¿Para qué?

—Vas a verlo.

Me interné en la pradera, y me dediqué a coger flores silvestres, en cuya ocupación era secundada por sir Juan.

Cuando tuvimos un hacecillo cada uno, emprendimos el camino de regreso.

—Peregrina ocurrencia ha sido la tuya—me dijo sir Juan, cuando podías encontrar en Londres las más bellas y delicadas flores.

—¿No te tengo dicho ya que yo era una sencilla aldeana, y que prefiero las flores del campo a las de la ciudad?

—¿Seré tan desgraciado—repuso sir Juan,—que sientas la nostalgia de los tiempos en que eras una ninfa de los prados del Flitshire en vez de ser una de las divinidades de Londres?

—No, mi querido Juan, aunque mi divinidad sea harto hipotética, pues no ha sido reconocida más que por un solo adorador.

—¡Oh! en cuanto a eso—respondió sir Juan,—bastará con que hagas tu aparición para que sea universal el culto por ti.

Sobre las tres de la tarde llegamos a Picadilly; sir Juan me dejó en la puerta con mi brazada de *heno*, conforme él decía, y prosiguió su camino, por reclamar algunos quehaceres su presencia en el Almirantazgo.

Encontré de vuelta a mi camarera con las compras encargadas por mí; le había también dado orden de volver a casa en compañía de una costurera, la que, a mi llegada, estaba esperándome.

Recordé el corte de la vestimenta de Ofelia; corregí lo que, a mi juicio, era defectuoso, y, con la prodigiosa habilidad que siempre he demostrado, en materia de vestir, corté una túnica y prometí dos libras para repartirse la oficiala y mi camarera, si a las nueve de la noche quedaba terminado el vestido, o simplemente hilvanado.

Las dos pusieron en el acto manos a la obra estimuladas por la recompensa.

Por mi parte, hice una selección de las flores cogidas en la pradera, las puse en agua, a fin de que conservasen su frescura hasta la noche.

A las seis regresó sir Juan.

Venía muy satisfecho. Había solicitado una licencia de dos meses, la que le había sido concedida. Estos dos meses se proponía consagrármelos por completo.

Sin amar a sir Juan en el sentido

absoluto que se da a la palabra amor, sentía por él un afecto lleno de gratitud, no precisamente por el lujo de que me había rodeado, sino por su trato cortés, pues, en mí, las formas delicadas, los procedimientos y maneras cortesanas ejercen decisivo predominio.

Sir Juan no debía volver al *Théséus* hasta el día siguiente, para lo cual había cumplidamente solicitado mi aquiescencia. Al concedérsela, le dije que, en recompensa o como castigo, según él quisiera tomarlo, de su desmedida ambición, le preparaba una sorpresa.

A las nueve le pedí permiso para retirarme a mi gabinete por breves instantes. Me preguntó riendo si ello se relacionaba con la sorpresa en cuestión, pregunta a la que contesté con evasivas, para dejarle en la incertidumbre.

Mi vestido estaba preparado.

Dejé suelta mi abundosa cabellera, hice una corona igual a las que en mi infancia tejía para mirarme en los arroyos, me puse el largo vestido que dejaba ver una parte de mi seno y mis brazos desnudos; invoqué todos mis recuerdos a los que enlazaba todas mis inspiraciones, y abrí la puerta del salón.

Iba por vez primera a juzgar de la influencia que mi belleza, realizada con el doble prestigio del arte escénico y de la poesía, podía ejercer sobre los hombres.

Es verdad que el *hombre* que a la sazón representaba ante mí a los *hombres*, estaba muy bien predispuesto en mi favor, y su opinión no debía constituir una ley para el resto de sus semejantes. Sin embargo, si me aventuré, no fué sin antes haber dirigido una detenida y última mirada al famoso *espejo con marco dorado*.

Lo que el espejo me dijo era tan alentador, que no vacilé un instante más, y entré en acción, volviéndome a la pieza en que había dejado a sir Juan, quien estaba junto a la chimenea, vuelta la cara hacia la puerta.

Al verme, prorrumpió en un grito de sorpresa y admiración.

Mi triunfo se iniciaba con mi simple presencia.

Inmediatamente empecé a decla-

mar las frases que abren la escena de locura.

Sir Juan extendía los brazos hacia mí; pero yo aparenté no verle, y, la mirada extraviada en el espacio, continué declamando.

Sir Juan, batiendo palmas, dió un paso hacia mí.

Entonces di a comprender que le veía, y le dije los versos que, en la tragedia, Ofelia dirige al rey.

A seguidas y sin transición, pasando de la melancolía a la más viva alegría, empecé la canción tan popular entre nosotros, que Shakespeare pone en labios de Ofelia en la visita que hace a su amado el día de San Valentín.

Luego, comunicando a mi mirada esa vaga expresión de la locura, que momentáneamente había dejado, continué recitando los conmovedores versos de la tragedia.

—Eres una hechicera—replicó sir Juan;—semejante locura es capaz de trastornar el juicio al propio rey Salomón.

Como si nada oyese, proseguí, imprimiendo a mi voz acentos tan dolorosos, que llegaban a impresionarme a mí misma.

Por fin, sin abandonar la expresión de dolor, me despojé del negro velo, lo extendí en el suelo, derramando sobre él las flores que ceñían mi cabeza.

Sir Juan quiso interrumpirme; pero, no le di tiempo de hacerlo. Le presenté una flor, y, con la sonrisa en los labios, y le dije:

«Piensa en mí, tierno amigo mío.—Y acepta estas flores que te doy.—Cuando estemos separados, su perfume nos unirá a través de la distancia...»

... ..

Caí de rodillas, puestos los ojos en el cielo y murmurando las últimas palabras de la escena que representaba tan a lo vivo.

Sir Juan no pudo contenerse por más tiempo. Rodeó mi talle con su brazo, y, estrechándome contra su pecho:

—¡Basta, basta!—me dijo—¡o soy yo el que va a volverse loco!

En la mirada se reflejaba el terror, y la emoción entrecortaba su voz.

Solté una risotada.

—¿Continúas representando tu papel? ¿Sigue todavía la locura? ¡Respóndeme, en nombre del Cielo!

—Mi papel, la misión mía, consiste en serte agradable, mi querido señor. Ofelia ha perecido en las aguas del río; pero Emma Lyon vive, y... te ama.

Llena de júbilo, me arrojé a su cuello; no cabía la menor duda acerca del efecto producido por mí y que había rebasado todos los cálculos y todas las esperanzas.

Pero, contra mi voluntad, palpitaba en el fondo de mi corazón un recuerdo hacia aquel desconocido Romeo, cuya melodiosa voz me respondía tan a maravilla bajo los copudos árboles del jardín de miss Arabela.

XV

Quisiera pasar rápidamente sobre este período de mi vida, el cual, aunque más censurable quizás a los ojos del moralista, es el que menos remordimientos ha sembrado en mi alma. Pobre joven abandonada desde mi infancia; no teniendo que dar cuenta a nadie de mis actos, ni siquiera a mi propia madre; hermosa, por mi desgracia; arrastrada por natural instinto hacia todos los placeres de la juventud; hacia todas las seducciones de la fortuna y del lujo, ¿qué apoyo moral ni material podía solicitar, aun en el supuesto de que hubiese abrigado el propósito de resistir? Ignorante del bien y del mal, jamás tuve semejante intención, y me dejé deslizar por una pendiente que cada vez me parecía más suave y más florida; la vida se me ofrecía bajo el aspecto de un bizarro galán coronado de flores como la primavera; me cogía al brazo de ese apócrifo protector y me apoyaba en él, sin saber adónde iba-

mos, ignorando cuál sería el final de aquella aventura.

Además, he de confesar que una de las condiciones de mi temperamento moral ha sido constantemente la de vivir en el presente. El mundo, que no me conocía, no ponía tacha a ninguno de mis devaneos, ni éstos tenían en mí el censor que los refrenara. Parecíame que, mientras durase mi belleza, no tenía que temer nada de la inconstancia de la fortuna; y considerando mi edad y mirándome al espejo, me decía que, a Dios gracias, me quedaba aún mucho tiempo de aquella que era, para mí, vida de halagos y dulces emociones.

Sir Juan Payne había solicitado, conforme dejo dicho en otro lugar, una licencia de dos meses, en los cuales quería consagrarse a mí por entero.

Obtúvola, y me preguntó dónde quería ir y qué deseaba hacer.

Le dejé árbitro absoluto de mi destino; no conociendo nada fuera del círculo en que me había agitado, nada deseaba. Sentía únicamente una pasión irresistible por lo desconocido.

Sir Juan resolvió que hiciésemos un viaje a Francia. Yo celebré su elección. Había oído hablar mucho de Francia; pero nunca había cruzado por mi mente la idea de que pudiese visitar ese país. No sabía el francés; pero sir Juan lo hablaba correctamente, y podría traducirme todo aquello que mi curiosidad exigiese explicación.

Emprendimos el viaje. La atracción que en mí ejercía lo desconocido, era la enfermedad de la época; y yo, átomos no más, iba envuelta en la vorágine.

Hay momentos en que las naciones aburridas de sí mismas, se refugian en los mundos de la fantasía y aspiran, no tan sólo a lo que no existe, sino hasta a lo que no puede existir. A pesar de mi ignorancia, esa gravitación de Francia hacia lo imposible me impresionó profundamente. La miseria se extendía allí dominadora, pero el fausto era más grande aún que la miseria. Los príncipes y magnates se arruinaban en el general despilfarro y sin ver el abismo hacia el cual caminaba la sociedad. Pero; qué mucho! El cardenal Rohán se

ocupaba en el descubrimiento de la piedra filosofal; Cagliostro había descubierto, a tenor de lo que se decía, el elixir de la vida; Mesmer, la curación de todas las dolencias por medio del magnetismo; Franklin había vencido el rayo, y lo conducía, prisionero, a las profundidades de la tierra; en fin, Montgolfier abría un nuevo camino a la humanidad, surcando los campos infinitos del firmamento.

Estos dos meses transcurrieron para mí en un deslumbramiento continuo. Sir Juan disponía de los más hermosos coches y caballos, de los primeros y mejores palcos en todos los teatros. Vi a Lekain, a la Raucourt; asistí a la representación de *Orosmana*, *Británico*, *Dido*. Greuze, el pintor de la inocencia, hizo mi retrato; y por todas partes donde iba, un murmullo arrullador pregonaba mi belleza.

Me sentí tan feliz, que sir Juan se aventuró a pedir una renovación de la licencia por un mes. Se le acordó, pero advirtiéndole que, transcurrido ese nuevo plazo, debía ponerse a la disposición del Gobierno. La guerra con América adquiría a diario caracteres más enconados; Francia se preparaba a intervenir en ella, y, según todas las probabilidades, Inglaterra se vería compelida a dar un golpe decisivo allende el Atlántico.

Sir Juan, al darme cuenta del éxito de su petición, se guardó muy bien de enterarme de la nota en cuestión, pues no quería que ninguna sombra empañase mi alegría.

Cumplidos los tres meses de licencia, tuvimos que regresar a Inglaterra.

Este viaje quedó en mi memoria como un sueño de hadas. Había visto dos veces a la reina: una, en la Opera, y otra en la Comedia Francesa. Era el tiempo dichoso de su vida; todavía la querían y agasajaban; el odio y la calumnia no hicieron su aparición hasta más tarde. La reina, por su parte, había puesto su atención en mí y preguntado quién era; mi recuerdo quedó tan bien grabado en su pensamiento, que, pasados tres o cuatro años, cuando la señora Lebrun, su pintora, vino a Londres, me suplicó, en nombre de

la soberana, que le permitiese hacer mi retrato. Era demasiado honor para negarme a ello; y hanme asegurado que ese retrato figuraba en su galería particular (1).

Confieso que, de regreso en Londres, me pareció algo triste mi pequeña casa de Picadilly, por lo que, temiendo sir Juan que me aburriese, me pidió permiso para presentarme a algunos de sus amigos, y establecimos la costumbre de recibir a nuestras relaciones una vez por semana, luego dos veces y finalmente cada día.

Sir Juan, a quien no había ocultado nada de mi humilde origen, había al principio dudado de que yo fuese capaz de desempeñar las funciones de señora de casa; pero, desde el primer día, cambió de opinión. Es una de las cualidades más notables que la naturaleza me ha otorgado; por decirlo así, nací señora, y lo soy por temperamento y por educación.

Un día, el almirante me recordó la escena de Ofelia que, en los comienzos de nuestras relaciones, había producido tan viva impresión en su ánimo. Me preguntó si estaba dispuesta a repetir aquella escena en obsequio a los amigos que tomaban el te con nosotros. Le respondí que al siguiente día, que me habría repuesto de flores y ciertos accesorios que me faltaban, estaría pronta a hacer mi segunda presentación.

Nuestros amigos fueron invitados, advirtiéndoles de antemano sir Juan que yo les preparaba una sorpresa.

Al otro día, sir Juan y yo recorrimos los comercios de flores artificiales, que no podíamos encontrar en los campos como diez meses anteriormente.

No puedo determinar el sentimiento de tristeza que me invadía no pudiendo substituir aquellas flores artificiales por otras naturales.

El propio sir Juan me parecía estar bajo la influencia de la melancolía. De vez en cuando le sorprendía mirándome fijamente. Cuando nuestras miradas se encontraban, probaba a sonreír.

(1) Hoy figura en la Galería del Louvre.

Hacia una o dos semanas que iba cada día al Almirantazgo, y las comunicaciones se sucedían en casa y en el *Thé-seus*. Sir Juan daba frecuentemente órdenes en voz baja y hacía preparativos que me ocultaba. Era innegable que se preparaba un cambio en nuestro destino.

A la noche, vinieron los amigos invitados, deseosos de saber en qué consistía la sorpresa que sir Juan les había prometido con cierta solemnidad. Dejéles tomando el te y me fui a mi dormitorio. En breves instantes me transformé en Ofelia, y, cuando menos pensaban los contertulios que iba a presentarme, abrí la puerta y entré en el salón donde estaban reunidos. Un grito unánime me demostró que acababa de triunfar en la primera tentativa.

Mi éxito fué inmenso. Noté que el efecto producido en sir Juan fué más grande todavía que la vez anterior, aquel día en que él era mi único auditorio.

Produje general entusiasmo. Suplicaron al almirante, que me pidiese una segunda representación, a lo que me opuse obstinadamente, por cuanto estaba convencida de que los defectos que habían escapado a la observación de los espectadores, aparecerían a sus ojos si repetía la escena.

—Pero—les dije,—si alguno de ustedes quiere ser mi compañero, representaré con el mayor gusto la escena de Julieta en el balcón.

Ninguno aceptó la proposición, porque los convidados de sir Juan tenían más de hombres de mundo que de literatos, por lo que no estaban bastante familiarizados con Shakespeare.

Entonces me acordé con pesar de aquel pobre Harry que en el jardín de miss Arabela me había improvisado un Romeo tan poético y tan amoroso.

—¡Qué lástima—dijo sir Juan,—que mi amigo Feathersson no se encuentre en Londres! Sabía de memoria a Shakespeare tan bien como el mismo Garrick. Cuando vea a Shéridan le preguntaré su paradero.

—Pero, si está en Londres—objetó uno de los presentes.

—¿De veras, sir Jorge?—preguntó el almirante.

—Ayer le vi y hablé con él.

—¿Se podría saber dónde vive?

—Nada más fácil; me lo dirán en casa de su tío, que tiene su domicilio en Haymarket.

Sin saber por qué, yo había escuchado con la mayor atención y hasta con algún sobresalto, las palabras cruzadas entre el almirante y sir Jorge.

El almirante se volvió hacia mí.

—Y si encontramos a Featherston—me dijo,—¿querrás representar con él una o dos escenas de *Romeo*?

—No tengo inconveniente—respondí.—Pero—agregué sonriendo—¿por qué no las estudias tú, y no habría necesidad de ajenos concursos?

—Acaso habría más realidad haciéndolo así—respondió sir Juan dando un suspiro;—pero Harry sacará mejor partido.

—¡Harry!—exclamé.—¿Quién es ese Harry?

—Harry, querida Emma, es el nombre de pila de Featherston... ¿Conoces algún Harry?—preguntó con cierta curiosidad.

—Una vez oí este nombre—contesté;—pero no era el de un noble lord, sino el de un modesto artista; y seguramente—agregué sonriendo,—ese Harry no tenía nada de común con sir Harry Featherston.

Se convino en que sir Jorge se pondría en campaña para dar con sir Harry, y que, si era encontrado, representaríamos él y yo las dos escenas de *Romeo*.

XVI

Sir Jorge no se había engañado: lord Featherston estaba de regreso en Londres, después de un viaje de cinco o seis meses por el continente.

Sir Jorge había averiguado su dirección: vivía en un magnífico hotel de la calle Brook, al extremo de Grosvenor square.

No habiéndole encontrado en su casa, le dejó recado, y, sin decir de qué se trataba, le había citado a pasar un rato de tertulia en la morada de sir Juan, o, mejor dicho, en la mía.

Sin poder explicarme el motivo, me interesaba por todo lo relacionado con aquel desconocido personaje.

Esperé con impaciencia la hora de la reunión del siguiente día. Puse más cuidado que de ordinario en mi tocado, pues, sin atinar el por qué, me habría desagradado en alto grado no parecer hermosa a sir Harry.

Nuestro invitados llegaron entre las nueve y las diez. Cada vez que se abría la puerta, me daba vuelta con viva prontitud. A las nueve y media el criado anunció a sir Harry Featherston.

Mi intranquilidad no había pasado inadvertida a sir Juan; sus ojos se dirigían hacia la puerta frecuentemente, y cuando anunciaron a sir Harry Featherston, sentí el peso de su mirada, que parecía envolverme de arriba abajo.

Sir Harry entró.

Era un guapo joven de veintitrés a veinticuatro años, de ojos azules, dientes blancos y simétricos, tez afeeminada. Durante los seis meses que acababa de pasar en Francia, había adquirido una gran dosis de la desenvoltura francesa, y parecía que al atravesar el canal de la Mancha, se había despojado de la típica rigidez inglesa.

Sus ojos buscaron antes que a ningún otro, a sir Juan. Fuése a él directamente, fijándose al mismo tiempo en mí con extraña expresión de asombro.

El rubor subió a mis mejillas, sin saber la causa.

Sir Juan observó la alteración de Harry y mi rubor, y nos miró alternativamente a los dos.

Empero, sólo yo me di cuenta de aquella fugaz impresión.

Después de haber estrechado la mano de su amigo, al que no veía de mucho tiempo atrás, se acercó a mí, para presentármelo.

Lord Harry me dirigió algunos cumplidos con emocionado acento; yo contesté con palabras faltas de ilación. Aquella voz me había visiblemente

turbado; era sumamente parecida a la del invisible joven artista que en el jardín de miss Arabela había declamado conmigo la escena de *Romeo*.

Sir Harry, después que me hubo saludado, fué a estrechar la mano de los demás amigos. El almirante permaneció a mi lado.

—¿Conoces a sir Harry?—me preguntó con acento de amigable reproche y dándome un apretón de manos.

—Te juro—respondí,—que es la primera vez que le veo.

—Ya sabes, Emma, que doy crédito a todo lo que me dices.

—Créelo por mi palabra de honor, mi querido Juan.

Me miró con ternura.

—Con semejantes ojos y una boca como ésta, no es posible mentir—murmuró, como si hablase consigo mismo.

—Máxime—agregué,—cuando no existe ningún interés en mentir.

Estaba yo tan convencida de que decía la verdad, que todo era sincero en mí, así el mirar como la entonación.

Sir Juan quedó tranquilizado del todo.

Entonces sir Jorge llevó la conversación al objeto que había motivado la tertulia, y preguntó a lord Featherston si conservaba sus aficiones por el teatro y si conservaba en la memoria los pasajes de Shakespeare.

Lord Featherston sonrió con sonrisa que parecía evocar un recuerdo.

—He olvidado—dijo,—he procurado olvidar muchas cosas de seis meses a esta parte; pero subsiste aún el recuerdo de otras, que no se han podido borrar de mi memoria.

—¿Se acuerda usted de las dos escenas de amor entre *Romeo* y *Julieta*?—le preguntó sir Juan Payne.

Lord Featherston sonrió tristemente.

—Esas dos escenas—repuso,—son precisamente las que he querido olvidar sin poderlo conseguir.

Le miré como queriendo interrogarle; pero su semblante no reveló nada más de lo que sus labios habían profesado.

—Entonces, Emma—dijo sir Juan,—expon a mi amigo Harry Featherston nuestro deseo; si lo que nos propone

mos obtener de él, es objeto de la súplica de una bella joven, puede darse como cosa cierta que su galantería accederá a la petición.

—¿De que se trata?—preguntó sir Harry.

—De una molestia que no dudo que usted tomarse para satisfacer los deseos de sir Juan Payne y los de estos distinguidos amigos. Soy apasionada, no diré por el teatro, porque es casi seguro que nunca pisaré la escena, pero sí por la declamación. La otra noche representé la escena de *Ofelia* del cuarto acto de *Hamlet*, y me comprometí a representar las dos escenas de amor de *Romeo* y *Julieta*, si alguno accedía a ser mi compañero. Ninguno de estos señores pudo tomar el partido de secundarme, por no saber el papel. Alguien hubo de pronunciar aquí el nombre de usted, que fué encomiado como artista consumado. Deploramos su ausencia, y se supo que usted había ya regresado de su viaje. En fin, sir Jorge se encargó de transmitirle la invitación de venir a tomar el te con nosotros prometiéndose cada cual, si usted caía en la celada, no dejarle salir sin antes prestarse a ser, a lo menos por una noche, mi *Romeo*. Ahora bien; ha oído usted lo que acaba de decir sir Juan Payne, y la esperanza que funda en una solicitud presentada por mí. Por mi parte, espero que la galantería suya no habrá de dar un mentís a tales bien fundadas suposiciones.

Sea que mi petición fuese bien argumentada, sea que mi voz hubiese adquirido una expresión persuasiva, ello es que los circunstantes me aplaudieron como si hubiese recitado un parlamento.

Semejante éxito alcanzado respecto del público, excluía toda posibilidad de un fracaso cerca de mi interlocutor.

Sir Harry no hizo más que inclinarse y responderme, con balbuciente entonación, que estaba a mis órdenes.

Me rodearon, me felicitaron, y para todos fué motivo de alegría la perspectiva de vernos representar las dos prometidas escenas.

La cosa se reducía solamente a darle a sir Harry el tiempo suficiente de

mandarse confeccionar un traje de Romeo; en cuanto a mí, ya tenía el de Julieta. Pero sir Harry dijo que, puesto que esta improvisada representación había de constituir un solaz para los espectadores que la habían promovido, no debía retardarse por ningún concepto. Añadió que se procuraría las prendas de rigor, y que, al día siguiente por la noche, estaría dispuesto a secundarme en la representación proyectada.

Sir Juan llamó a un carpintero, el cual, ayudado de cinco o seis oficiales, levantó un balcón. El estrado, fué rodeado de plantas tropicales y cubierto de flores, y a las dos de la tarde del día señalado, el teatro quedaba terminado.

En aquel instante llegó un correo del Almirantazgo, portador de muy urgentes despachos. Sir Juan los leyó, palideciendo ligeramente, y, con voz visiblemente alterada:

—Diga usted a Sus Señorías—contestó,— que serán obedecidos puntualmente.

Yo me había percatado de su emoción, y, al retirarse el mensajero, me le acerqué, entrelacé su brazo con el mío, preguntándole si el comunicado encerraba alguna mala noticia.

—¡Muy mala!—me contestó, esforzándose por sonreír;— los miembros del Almirantazgo se reúnen esta noche en sesión, y solicitan mi presencia.

—En ese caso—dije,—habrá que diferir para otro día la función dispuesta para hoy.

—No—replicó,—al contrario; si no se celebrase hoy mismo, ¿quién sabe cuándo se presentaría una ocasión tan propicia como ahora! Hasta las doce de la noche no tengo que salir de casa; disponemos, pues, del tiempo suficiente para representar las dos escenas. Entretanto, ven conmigo, y concédeme algunos minutos, que te lo agradeceré.

Le miré un tanto alarmada. ¿Por qué sir Juan, que me tenía a toda hora a su disposición, había de agradecerme unos minutos que yo le concediese?

No me atreví a preguntárselo, y me

dejé llevar por él, que me tenía ceñido el talle con su brazo.

Llegó la noche. A medida que transcurrió el tiempo, sir Juan se ponía más taciturno, y hasta yo me sentía presa, sin saber por qué, de un inexplicable presentimiento; mi corazón estaba oprimido, y sin embargo, sus contracciones no carecían de un cierto encanto.

Parecíame que esperaba y temía a la vez algún imprevisto suceso.

Me representaba a sir Harry vestido con su traje negro, que sin duda le sentaría admirablemente.

—A las nueve llegó. Su semblante resplandecía de satisfacción.

Vino a mí, y me besó la mano, diciéndome:

—¡Buenas noches, querida Julieta!

En mi turbación, no acerté a contestar.

A las nueve y media, nos retiramos a ponernos nuestros respectivos trajes.

Los invitados bajaron al cenador, que aparecía iluminado profusamente y en el que nos servirían el te entre una y otra escena.

Cuando yo estuve pronta, una campanilla interior avisó a sir Harry que podía entrar en escena.

Le miré furtivamente. No me había equivocado: el vestir de la Edad Media le sentaba a las mil maravillas.

Se adelantó hacia mi balcón con el mismo aplomo y gallardía que hubiese podido hacerlo un actor experimentado, o un rendido galán, y empezó a declamar estos versos:

«¿Qué súbita claridad se difunde a través de la ventana?...»

A las primeras palabras, me estremecí. Era la misma voz, eran las mismas inflexiones que yo había oído en el jardín de miss Arabella. ¿Había yo encontrado a mi Harry, que creía perdido por siempre jamás?... Pero, ¿quién era imposible que el noble lord Featherherson fuese el ignorado artista con quien había estado yo en relación en circunstancias tan misteriosas y tan poéticas.

Ya se conoce cómo se entabla ese

coloquio amoroso donde Julieta habla sin ver a Romeo y creyéndose sola, y donde Romeo se expresa contemplando a la que ama a cortos pasos distante de él, pero sin atreverse a dirigirle la palabra, hasta que, por fin, la voz de uno acaba por responder a la del otro.

La escena iba desarrollándose dentro de un vivo realismo.

Ya no era yo Emma Lyon, ni mi compañero era sir Harry: éramos, él Romeo; yo, Julieta.

Cuando hube dicho aquello de:

«¡Mi amor es profundo y grande como el mar!»

estallaron nutridos aplausos. Dirigí los ojos a los que aplaudían, y me pareció ver a sir Juan enjugar una lágrima.

Aquella lágrima cayó sobre mi corazón.

Había llegado el momento de la escena en que Julieta abandona el balcón momentáneamente. En estos breves instantes me repuse, si bien me parecía que, a partir de allí, la corriente de mi vida derivaba hacia otro fin.

Dos o tres veces murmuré, a mi despecho y en voz baja: «¡Sir Harry, sir Harry!» cual si hubiese musitado: «¡Romeo!»

Volví al balcón con la vista extrañada, embriagada el alma.

Luego al entrar en mi gabinete, mientras Romeo continuaba al pie del balcón recitando los versos que preceden a su salida, me encontré cara a cara con sir Juan.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo.

Pero él, atrayendo mi cabeza sobre su pecho:

—¡Oh, pobre Julieta!—me dijo;— ¡cuánto amas a Romeo!

Comprendí la tierna censura contenida en estas pocas palabras; comprendí que dudaba de lo que le había dicho acerca de sir Harry, o sea, que nunca le había visto.

—Oye, sir Juan—le dije:—jamás he mentado ni mentaré, y a ti, que tan bueno has sido para mí, menos que a ninguno. Voy a referírtelo todo.

—¡Oh, no!—repuso él, esforzándose por sonreír.

—Lo quiero—insistí.

En pocas palabras le conté lo ocurrido en el jardín de miss Arabella aquella memorable noche; le mostré la carta que había recibido al otro día; le dije que, habiendo ido con Amanda a bordo del *Théseus*, no había vuelto a encontrarme con el supuesto estudiante de Cambridge. Era verdad que, al entrar sir Harry en el salón, creí reconocerlo, pero sólo por el timbre de su voz. No había yo faltado a la más absoluta verdad, afirmando que no había visto nunca a lord Featherherson.

—¡Qué quieres, amigo mío!—concluí diciendo;— si ello no envolviese demasiada presunción en un ser tan débil como yo, diría que mi vida está sujeta a una fatalidad contra la cual no puedo luchar.

Sir Juan no respondió y lanzó un suspiro.

En aquel preciso instante llegaron a mis oídos las voces del auditorio que me llamaba, gritando:

—¡Emma, Emma!

Sentí que el rubor subía a mis mejillas.

—Ven, querida mía, a recibir los plácemes a que te has hecho acreedora—me dijo sir Juan.

Y me llevó a presencia del público.

Todos me rodearon, felicitaron y aplaudieron, todos excepto sir Harry, que se mantenía a cierta distancia, pero cuyos ojos me hablaban con más elocuencia que los aplausos de sus amigos, no obstante ser unánimes y frénéticos.

XVII

La representación no había terminado; después de la escena del balcón teníamos que representar la de la ventana; a la manifestación del deseo, debía suceder la expresión de la dicha.

Pretextando sentirme cansada, pedí que me excusasen de esta segunda parte; pero la excitación en que me encontraba decía a las claras que tenía más bien necesidad de movimiento que de reposo... Y cedí a los generales deseos.

Sir Harry y yo teníamos que aparecer juntos en el balcón, perdidos, ebrios de amor.

Entre aquellos improvisados bastidores, nos encontramos solos él y yo.

Se acercó a mí, rodeó mi cintura con su brazo, y, estrechándome sobre su pecho, murmuró:

—¡Al fin!

La sacudida fué eléctrica. Cerré los ojos, y, lanzando un débil grito, eché mi brazo alrededor de su cuello. No sé cómo fué: un hábito de fuego pasó por mis labios. No era, ciertamente, el primer beso que recibía *Julietta*, pero era el primero que le deba *Romeo*.

Creí que me desvanecía.

Sir Harry me empujó hacia la ventana. Hice un violento esfuerzo sobre mí misma, y recobré el imperio de mi voluntad; pero una noche de amor no me habría predispuesto mejor a la embriagante y a la par dolorosa despedida eterna de los amantes de Verona.

Nuestra aparición fué saludada con una ruidosa salva de aplausos.

Era yo la que debía empezar; el estudio más profundo no habría comunicado a mis acentos más realidad de la que surgía del fondo de mi alma.

Cuando, al final de esta escena, Romeo se ausenta, enviándome su postero adiós, el mío fué un grito tan doloroso, que en verdad se habría dicho que era el grito de un cuerpo que siente desprenderse el alma.

Difícilmente podría expresar el entusiasmo, el frenesí que provocó esta escena. Quedé, medio desmayada, en el balcón. Sir Juan vino en mi auxilio, me levantó entre sus brazos y llevó junto a sus amigos.

Sir Harry recibió también una parte de los agasajos del auditorio; pero, con la mayor sencillez declinó en mí toda la gloria del triunfo.

Sir Juan nos cogió de la mano, y dijo:

—Si Romeo y Julieta se hubiesen amado como ustedes, la muerte habría sido impotente para separarlos.

Yo le miré con sorpresa y retiré mi mano de la suya.

Después que tomamos el te, sir Juan consultó el reloj.

—Señores—dijo,—tengo necesidad de separarme de ustedes. El Almirantazgo celebra hoy sesión nocturna. Podemos aún estar juntos quince minutos más.

Dicho lo cual, me llamó aparte.

—A ti, querida Emma, no te digo adiós; acaso la sesión termine pronto, lo que me permitirá venir a pasar la noche contigo; de todos modos, no me esperes, acuéstate. Tengo la llave; no te impacientes por mí.

Sin poder explicarme la razón, me sentí estremecer.

—¿No puedes excusarte de asistir a esa sesión?—le pregunté, sin lograr precisar si realmente lo deseaba, o no.

—¡Imposible!—respondió el almirante.

Volvió a reunirse con sus amigos, con los cuales conversó, haciendo heroicos esfuerzos para ocultar su emoción bajo las apariencias de una fingida jovialidad.

Sir Juan miró por segunda vez su reloj de bolsillo.

Los invitados comprendieron que era hora de retirarse. Se despidieron de mí; Harry me dirigió una mirada de profundo dolor.

Sir Juan me abrazó tierna y respetuosamente; se cogió del brazo de sir Harry, y salió con él.

Cuando la puerta se cerró, me encontré tan aislada y tan oprimida como si se hubiese cerrado la tumba de los Capuletos.

¿Qué influencia iba a ejercer en mi vida futura el inesperado reencuentro con sir Harry? ¡Oh! En cuanto a eso, estaba resuelta a no dar lugar a sucesos de que pudiese considerarme responsable. Lo había contado todo a sir Juan; cuando volviese, le diría cuáles habían sido las sensaciones que había sentido con la presencia de sir Harry. El, sir Juan, era el que debía decidir de mí, alejándome de Londres, o per-

mitiendo que continuase sujeta a las contingencias de nuevos encuentros con sir Harry.

Después de haber tomado esta resolución, me sentí más sosegada. La mano de sir Juan me guiaba como la del mejor amigo.

Me fuí a mi habitación, me desnudé y metí en cama; y, como me había dicho que, si le era posible, volvería, le esperé, segura de que cumpliría su palabra. Pero, comprendiendo que las sombras de la noche no serían bastante densas para la confesión que me proponía hacerle, apagué todas las luces, la de la mariposa inclusive.

Pasó mucho tiempo hasta que mi camarera y los demás sirvientes no se hubieron retirado a sus aposentos. Oí dar la una en el reloj de mi gabinete, y las dos, sin lograr reconciliar el sueño.

A eso de las dos y media, me pareció oír el ruido de pasos de alguien que caminaba cautelosamente por el pavimento, y en seguida el de la puerta de mi tocador que abrían con cuidado; luego, se siguió un instante de silencio.

Estaba segura de que era sir Juan que regresaba. Llevaba consigo la llave de la puerta de entrada del hotel, con el objeto de poder entrar a toda hora, y así me sorprendía con frecuencia.

Por un momento pareció abandonarme la resolución formada; pero, llamando a todas mis energías, persistí en ella.

Por fin, la puerta se abrió. El gabinete estaba a oscuras, lo mismo que mi dormitorio. A tientas y guiado por mi voz, se acercó a mi cama. Me cogió entre sus brazos, pero le rechazé suavemente, diciéndole que iba a hacerle una confesión; y le conté todas mis sensaciones de aquella noche y de las anteriores, desde que había oído nombrar a sir Harry, hasta el instante en que me había convencido de que lord Featherston y el joven estudiante del jardín eran el mismo hombre. No le oculté nada de lo que había sentido cuando el supuesto Romeo rodeó mi talle con su brazo, cuando su boca se juntó a la mía... todo se lo conté. Y, en mi afán de ser sincera, llegué al extremo de decirle que en aquel momen-

to, no era él, a sir Juan, a quien mi corazón llamaba, sino al otro, a sir Harry.

Un grito de júbilo respondió a esta confesión: el que a mi lado estaba, el que en sus brazos me retenía, no era sir Juan Payne, ¡era sir Harry Featherston!

Después de la confesión que acababa de hacer, no cabía pensar en la resistencia... y me abandoné a las delirantes fantasías que disponían de mi suerte.

En cuatro palabras, sir Harry me explicó la extraña substitución que tan cabalmente respondía a los anhelos de mi corazón.

El almirante, al partir para América con la escuadra de su mando, había observado el amor que sir Harry y yo nos profesábamos. Ya se ha visto las preguntas que me dirigió y las respuestas que le di; había, sin duda, querido asegurarse de que le decía la verdad. Salió de casa del brazo de sir Harry, a quien había invitado a subir en su coche, abordando francamente la cuestión con estas palabras:

—Usted ama a Emma, y Emma le ama a usted.

Entonces, con la misma ingenuidad que yo, sir Harry se lo explicó todo. Sir Juan reflexionó un momento, y, cogiendo la mano de Harry, le entregó una llave, diciéndole simplemente:

—¡Hágala usted feliz!

Y abrazándole, se despidió de él.

La llave que le había entregado, era la del hotel de Piccadilly.

Cuando sir Harry me refería esto que dejo dicho, el almirante navegaba con rumbo a las playas americanas.

XVIII

El hado disponía una vez más de mi suerte, sin dejar a mi libre albedrío la elección del bien o del mal.

La casa que yo habitaba había sido alquilada por sir Juan Payne, a nom-

bre mío, por un año; pero sentí una repugnancia invencible en habitar con otro hombre aquella morada que me despertaba su recuerdo.

Fué lo primero que dije a lord Featherson; comprendió mis escrúpulos, y a la mañana siguiente, guardándome únicamente la turquesa que el almirante me regaló el día que nos conocimos, y algunas guineas que contenía mi gaveta, entregué las llaves de la casa al intendente de sir Juan, y nos fuimos, lord Featherson y yo, a ocupar juntos el inmueble que sir Harry habitaba en la calle Brook, al extremo del *square* de Grosvenor.

Sir Harry tenía apenas veintitrés años; se encontraba, pues, en el ardor de la juventud, y, no teniendo que observar ninguno de los miramientos que una posición oficial imponía a sir Juan Payne, me precipité con él en el torbellino brillante y divertido, al que pertenecía, en su condición de hombre rico y elegante. Esta vida, que sir Juan Payne sólo pudo llevar en París, lord Featherson la llevaba en Londres. Hasta entonces se había abstenido de dar veladas en su casa, porque no había querido hacerse los honores de la misma; pero, después de mi instalación en ella, reunió a sus amigos tres veces por semana. En aquellas tertulias se perdían o ganaban en el juego sumas crecidísimas, y en ellas contraí ese fatal vicio, del que nunca he podido corregirme por completo.

Llegó la primavera, y con ella empezaron las carreras de caballos.

Las de Epsom estaban en todo su apogeo. No tuve necesidad de pedir a Harry que me llevase a verlas: no dejaba escapar ninguna ocasión de poder derrochar. Compró un coche y magníficos caballos, y el día señalado para la fiesta, envueltos en ese caos que imprime sello característico a las grandes solemnidades del Derby, nos dirigimos al hipódromo.

No intentaré describir la romería de doscientas mil almas que acuden al espectáculo en las más variadas y caprichosas clases de vehículos. A los que han presenciado semejante cuadro, no hay para qué hacerles su descripción, por-

que habrán de guardar eterna memoria de él; a los que no lo han visto, ninguna descripción podría hacérselo comprender.

El boato de su tren permitía a lord Featherson figurar en primera línea. Junto a la nuestra, rodaba una elegante carretela.

En su interior iban dos señoras.

Dirigí a ellas mis ojos, y sentí un estremecimiento.

Eran las dos pensionistas de la señora Colmann que me habían insultado en dos ocasiones distintas. No sé si el lector recordará que una se llamaba Clarice Damby y la otra Clara Sulton.

Un caballero de muy distinguido continente y que sin duda era el marido de una de ellas, iba en el asiento del cocher.

A su vez, ellas también me reconocieron, y, después de un breve cuchicheo, sostenido sin dejar de mirarme, Clara Sulton se levantó y dijo algunas palabras al oído del caballero, que se volvió para mirarme atentamente y ordenó al cocher efectuar un cambio de lugar, como así lo realizó en el acto, apartándose del nuestro el coche ocupado por mis antiguas discípulas.

Sir Harry no vio nada de lo que acababa de ocurrir; pero, al volverse hacia mí, observó que corrían gruesas lágrimas por mis mejillas. Era la primera vez que yo lloraba desde hacía mucho tiempo. Ya casi había olvidado el llorar. Pero la afrenta recibida venía a demostrarme que el manantial del llanto no se había agotado en mi corazón.

Sir Harry me quería de veras; me preguntó con mucha insistencia la causa de mi aflicción; me resistí largo rato a complacerle, hasta que al fin, cediendo a sus ruegos, le expliqué el caso que en tal grado me tenía afectada. Quiso saber quiénes eran los autores de la ofensa, y le conté que dos discípulas mías, viéndome ocupar un puesto en el carruaje de lord Featherson y comprendiendo a qué precio lo ocupaba, se avergonzaron de continuar en mi vecindad.

—¡Esto no es posible!—dijo sir Harry, palideciendo.

—¡Ay!—exclamé,—es la pura verdad.

—Vamos a saberlo—replicó.

Y, empujando las riendas, fué a colocarse de nuevo al lado de la carretela ocupada por las dos señoras.

No bien la nuestra hubo efectuado esta substitución de sitio, la de ellas se alejó rápidamente.

Sir Harry se puso lívido; sacó del bolsillo su cartera; escribió con lápiz algunas palabras en una hoja, y, llamando a uno de los postillones:

—A milord Camberwell—dijo.

Sospeché que las palabras trazadas eran de desafío, y supliqué a sir Harry que no diese curso al billete.

—Mi querida Emma—me dijo,—sé bastante bondadosa para no entrometerte en este asunto; soy yo, no tú, el que debe darse por insultado.

Dijo esto con acento tan resuelto, que comprendí sería inútil insistir.

Cinco minutos después, el postillón traía la respuesta.

—Está bien—dijo sir Harry, después de haber leído.

Y se guardó el billete en el bolsillo del chaleco.

Le pedí que regresásemos en seguida a Londres.

—Después de la tercera carrera, querida Emma—me contestó;—he cruzado con lord Greenville una apuesta de dos mil guineas, y quiero saber el resultado.

Terminada la primera carrera, fué a llamar a dos de sus amigos, uno de los cuales era sir Jorge, con quienes conversó aparte breves momentos. Después, volvió a mi lado sonriente, aunque ligeramente pálido.

—He ganado, querida Emma; tú me traes la suerte.

Sir Harry perdió la segunda carrera, pero volvió a ganar cuando se corrió la tercera, que era la más importante.

Verificada ésta, dió orden de volver a Londres.

Al ponernos en marcha, el coche de sir Harry se cruzó con el de lord Camberwell; los dos hombres se saludaron cortésmente y sonriendo.

Por la noche, los dos testigos de sir Harry vinieron a visitarle; los tres se encerraron y estuvieron cerca de una hora conferenciando.

Cuando salieron, quise averiguar alguna cosa; pero sir Harry se abstuvo de darme ninguna explicación.

A eso de las nueve, lord Greenville le envió el importe de la apuesta perdida, dos mil guineas, según me había dicho sir Harry.

—Toma—me dijo;—he apostado a nombre tuyo, y, por consiguiente, te pertenece esta cantidad.

Y depositó el dinero en el cajón de mi tocador.

Apenas si puse atención en lo que me decía sir Harry, absorta como estaba en el negocio que él tenía pendiente con lord Camberwell.

A la una, sir Harry se retiró a su habitación, dejándome en la mía.

Formé el propósito de no dormir en toda la noche.

Sir Harry había cerrado la puerta que separaba nuestros dos aposentos. Me levanté y fui a mirar por el ojo de la cerradura. Estaba escribiendo en su bufete, un poco pálido, pero muy tranquilo, al parecer.

Me acosté nuevamente.

Sobre las seis de la mañana, rendida de cansancio, cerré los ojos y me quedé dormida.

Cuando desperté, era pleno día. Había dormido con agitado sueño, pero en fin, había dormido tres horas. Salté de la cama, y fui a abrir la puerta del gabinete de sir Harry. La pieza estaba vacía.

Me puse un peinador, llamé a un criado y le interrogué.

La noche anterior, su amo dió orden de enganchar a las siete menos cuarto de la mañana. A las siete en punto, los dos testigos de sir Harry habían venido a buscarle, y los tres salieron juntos.

Era indudable: sir Harry había ido a batirse.

Dos horas permanecí entre angustias y temores.

A cosa de las once, oí el ruido de un coche que paraba en el patio. Corrí a la ventana, y vi a sir Harry descender

del vehículo con sus dos amigos. Lan-
cé un grito de alegría, y me precipité
hacia la escalera.

Acababa de batirse a pistola. Su con-
trario había recibido un balazo en el
muslo; él salió ileso.

El duelo levantó mucha polvareda
entre la sociedad dorada de Londres,
pero los hechos fueron explicados por
el lado que me era menos favorable.
Decíase que era yo la que había inci-
tado a sir Harry a provocar el lance,
persiguiendo intencionadamente al co-
che que se había desviado de nuestro
camino; lo cual era falso a todas luces,
pues yo puse de mi parte todos los em-
peños humanamente posibles para evi-
tarlo.

Durante la convalecencia de mi-
lord Camberwell, sir Harry envió dia-
riamente a informarse de su estado.

El verano se acercaba. Sir Harry
Featherson poseía una magnífica he-
rencia en Up-Park, en el condado de
Sussex. Me llevó allí e instalóme como
dueña de la casa.

El título usurpado de milady que,
por deferencia, me daban los amigos
del conde, conmensales de su castillo
y parásitos de su fortuna, bastaba a
satisfacer mi vanidad, al paso que me
mortificaban las demostraciones de des-
dén de que era objeto por parte de
nuestros vecinos con quienes no alter-
nábamos y que sólo veían en mí a la
hetera Emma Lyon, acaso un poco
más hermosa que las otras, pero no
más digna que las demás aventureras.

Sobre la pequeña corte que me ha-
bía formado sir Harry, yo gobernaba
como una reina; reina en las carre-
ras, en las tertulias, en las cacerías.
Durante los tres o cuatro meses que
pasamos en Up-Park, aprendí la equi-
tación. Por las noches, representaba
escenas teatrales y reproducía en acti-
tudes plásticas a las mujeres más cé-
lebres de la antigüedad.

Sería empresa harto difícil determi-
nar la suma de los crecidos gastos dia-
rios que ocasionaba aquel rumboso ve-
raneo.

Sir Harry Featherson fué dos o tres
veces a Londres para reunir los fondos
necesarios al sostén de estos dispen-

dios. El administrador acabó por escri-
bir participando que se habían gasta-
do por anticipado las rentas de dos
años y que hasta cumplir los veinti-
cinco de edad no podría disponer de
su fortuna, que en aquella época de-
bía de ser inmensa.

A fines de julio se encontró en tal
estado de penuria, que, para poder su-
fragar los gastos de un viaje a Lon-
dres con objeto de recurrir a su fami-
liar recurso del préstamo, tuvo que re-
currir a mis ahorros. Poco a poco, sus
amigos, que se habían percatado de
este derrumbe inevitable, fueron des-
apareciendo. Yo era la única persona
que no veía claro en este asunto, pare-
ciéndome que la caja de sir Harry era
una caja que jamás se agotaba.

Esperé tres días sin la menor in-
quietud; pasaron otros dos sin recibir
noticias. Por fin, al cumplirse el sex-
to de la partida de sir Harry, recibí,
por la mañana, carta suya.

Su contenido me produjo el efecto
de una chispa eléctrica.

Decía como sigue:

«Mi pobre Emma:

«Estoy completamente arruinado, a
lo menos de momento. Debo más de
cincuenta mil libras esterlinas. Mi fa-
milia se obstina en no ponerme al abri-
go de las asechanzas de usureros y pro-
curadores, sino a condición de un cam-
bio radical, cambio que debe iniciarse,
ante todo, renunciando a lo que más
quiero en este mundo: a mi Emma.
Hay más: como prenda y garantía de
mi futura conducta durante los tres
años que faltan para llegar a mi ma-
yoría de edad, me envían a la India,
donde mis parientes han constituido
una sociedad mercantil, de la que for-
maré parte.

«Esta tarde, cuando leas las presen-
tes líneas, estaré en alta mar.

«Adiós, mi querida Emma: tú me
has proporcionado ocho meses de una
felicidad desconocida para el resto de
los hombres. Perdóname si tan mal la
recompensó.

«Te quiere y te querrá constante-
mente

»HARRY»

El mismo día se presentaron dos
funcionarios judiciales para levantar
inventario de las existencias del cas-
tillo de Up-Park.

Lo abandoné inmediatamente lle-
vándome tan sólo los objetos de mi
personal pertenencia y sobre doscientas
cincuenta libras que me quedaban.

XIX

Esta impresión fué una de las más
violentas de mi vida. Hasta entonces
había subido desde la miseria a la opu-
lencia, del infortunio a la felicidad. Sú-
bitamente se producía un suceso que
presentía iba a imprimir nuevos derro-
teros al curso de mi vida, y dejé de
creer en la cualidad invulnerable de
mi hado.

Con toda el alma quería a sir Ha-
rry, y, destrozado este amor, se desg-
raba mi alma toda.

Al aspecto moral, seguía el aspecto
material de la cuestión. Vefame obli-
gada a proporcionarme los medios de
vivir, empresa ardua y pesadosa en los
grandes dolores.

¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Bajo
qué techo me cobijaría? Eso me pre-
guntaba, sentada a la sombra de un
árbol de la avenida, donde ocho días
antes rodaba mi lujosa carretela o ga-
lopaba mi brioso corcel.

Alquilé un carruaje en un lugar in-
mediato, coloqué en él mi equipaje,
compuesto de dos o tres baúles, y
cuando el cochero me preguntó: «¿A
dónde vamos, señora?», no supe qué
responderle.

—Siga usted el camino—dije.

—¿Cuál?—preguntó.

—Este.

—¿Pero, hasta dónde?

—Hasta el primer poblado que en-
contremos.

—El primero es la villa de Nutley.

—Pues a Nutley.

El conductor, sin volver de su asom-
bro, se puso en marcha.

Al cabo de tres horas, se detuvo en
la plaza de una populosa villa, situada
al pie de una colina.

—Estamos en Nutley—me dijo.

—Averigüe usted si hay alguna casa
por alquilar, pequeña y a propósito pa-
ra una mujer sola, con su camarera.

El cochero se fué a ver si encontra-
ba lo que yo le pedía.

Permanecí inmóvil y silenciosa en
el carruaje. No sé cuántos minutos o
cuántas horas transcurrieron, porque
había perdido la noción del tiempo.

Mi comisionado regresó.

En el extremo opuesto del pueblo
había encontrado una pequeña quinta
que, a su juicio, podía muy bien con-
venirme.

—Lléveme usted allí—le dije.

Nos detuvimos delante de una pe-
queña casa cubierta de sombra y ro-
deada de flores. Estaba situada en me-
dio de un jardín, cerrado por un seto,
al que daba acceso una reja de madera,
pintada de verde, así como las vent-
anas. La propietaria había dejado en
el inmueble a su ama de llaves, con en-
carga de alquilarlo si se presentaba un
inquilino. La propietaria, cuyos úni-
cos bienes de fortuna consistían en la
renta de su quinta y una modesta pen-
sión de cincuenta libras, había sido lla-
mada al lado de su hermano, militar
de alta graduación, retirado, que aca-
baba de perder a su única hija. La casa
estaba como ella la dejó, completamen-
te amueblada, con modestia, pero con
aseo.

En el acto comprendí que aquella
mansión era la que, por todos concep-
tos, se amoldaba al estado de mi áni-
mo y a los medios pecuniarios de que
disponía. Estaba lo suficiente retira-
da para que mi corazón pudiese en-
contrar en ella la tranquilidad que ne-
cesitaba, y era bastante modesta para
darme, dentro de mis escasos recursos,
el tiempo necesario para tomar una re-
solución acerca de lo que debía hacer.

Redituaba treinta libras al año. Pa-
gué medio anticipado, con facultad de
poder desalojar la casa en cualquier
momento, sin tener que pagar ningun-